
¿Por qué los tratados europeos evitan mencionar el cristianismo?

Why do European treaties make no mention of Christianity?

Francisco J. CONTRERAS PELÁEZ

Catedrático de Filosofía del Derecho
Facultad de Derecho. Universidad de Sevilla
curror@yahoo.com

Resumen: Tanto la abortada Constitución Europea como el Tratado de Lisboa evitaron toda mención del cristianismo; en los documentos ordinarios de la Unión Europea se evita también cualquier alusión directa al cristianismo o las Iglesias. El artículo reflexiona sobre las causas de esta aversión. La Constitución Europea no se limitó a trasladar a la escala supranacional lo que ya era un hecho consumado a escala nacional, pues numerosas Constituciones de países europeos nombran a Dios o al cristianismo, o incluso instituyen una religión oficial. La causa de la «cristofobia» de la nueva eurocracia parece residir en una negación de las propias raíces culturales: Europa quiere basar su identidad sólo en valores universal-abstractos como la libertad, los derechos humanos, etc. Sin embargo, los valores liberal-democráticos surgieron precisamente en Occidente... porque son valores cristianos secularizados.

Palabras clave: Constitución Europea, Unión Europea, identidad europea, autonegación civilizacional.

Abstract: Neither the proposed European Constitution nor the Lisbon Treaty made any mention of Christianity, nor are there any references to Christianity or Christian churches in the ordinary documents of the European Union. This essay explores the likely root causes of such omission. Given that the constitutions of many European member-states refer to God and/or Christianity (and in some cases even establish an official religion), the European Constitution did not simply transfer the status quo at national level to the international sphere. The root cause of the 'Christophobia' that marks the current Eurocracy would appear to lie in a rejection of its own cultural origins: a civilizational self-denial. Europe seeks to define its identity in terms of abstract universal values such as freedom, human rights, etc. Nevertheless, the reason such liberal-democratic values emerged in the West is because they are secularized versions of Christian values.

Keywords: European Constitution, European Union, European identity, civilizational self-denial.

1. EL CRISTIANISMO, CENSURADO

Volver a estas alturas sobre el episodio de la omisión del cristianismo entre las raíces culturales de Europa por parte de la Constitución Europea de 2004 puede parecer desfasado, dado que ésta quedó finalmente en agua de borrajas, tras ser rechazada en los *referenda* francés y holandés de 2005, y terminar siendo sustituida en 2007 por el menos ambicioso Tratado de Lisboa (el cual, por cierto, tampoco incluye mención alguna del cristianismo). Pero la omisión en cuestión era síntoma de un síndrome más profundo, cuyos efectos permanecen en la actualidad (por ejemplo, los ministros europeos de Exteriores reunidos en Bruselas el 31 de enero de 2011 para condenar las matanzas de cristianos en Iraq, Egipto, etc. ... ¡fueron incapaces de incluir la palabra «cristianos» en el borrador de resolución!)¹.

Vayamos, antes que nada, al texto de la discordia. Se trata de los dos primeros párrafos del Preámbulo de la Constitución Europea:

«Conscientes de que Europa es un continente portador de civilización; de que sus habitantes, llegados en sucesivas oleadas desde los tiempos más remotos, han venido desarrollando los valores que sustentan el humanismo: la igualdad de las personas, la libertad y el respeto a la razón.

Extrayendo inspiración del legado cultural, religioso y humanista de Europa, que, alimentado primero por las civilizaciones de Grecia y Roma, caracterizado por un impulso espiritual siempre presente en su herencia y después por las corrientes filosóficas de la Ilustración, ha inculcado en la vida social su percepción del papel central de la persona humana y de sus derechos inviolables e inalienables, así como del respeto a la ley...».

El constituyente europeo consideró dignos de mención a Grecia, a Roma, a la Ilustración... pero no al cristianismo (del que sólo cabe sospechar una referencia indirectísima y eufemística en la frase sobre el «impulso espiritual siempre presente en su herencia»)². Ni siquiera la alusión al legado «cultural, religioso y humanista de Europa» está desprovista de connotaciones: se pre-

¹ Cf. Informe de European Dignity Watch: <http://www.europeandignitywatch.org/es/el-dia-dia/detail/article/llamada-a-la-accion-antes-del-21-de-febrero-ue-debe-condenar-univocamente-la-persecucion-de-cris.html>

² «Ou bien la Constitution se passait de toute référence historique quelle qu'elle fût, ou bien, si on citait l'humanisme ou les Lumières, il fallait évidemment citer aussi le christianisme» (P. NEMO, «Les racines chrétiennes de l'Europe et leur dénégarion», en Ch. DELSOL y J.-F. MATTÉI, *L'identité de l'Europe*, Presses Universitaires de France, Paris 2010, p. 46).

senta «lo religioso» y «lo humanista» como vetas diferenciadas de la tradición europea, sugiriéndose una oposición entre ambas (como si la religión no pudiera ser humanista).

El *iter* de este texto estuvo lleno de avatares. Una primera versión incluyó una mención específica del cristianismo (en pie de igualdad con Grecia y Roma, la Ilustración, etc.). Se produjo entonces el contraataque de Valéry Giscard d'Estaing, representante francés en la Convención, que afirmó que «los europeos viven hoy en un sistema político totalmente laico, en el que la religión no juega un papel importante»³; señaló también que una alusión explícita al cristianismo podría resultar «excluyente», dado que en Europa viven ya 30 millones de musulmanes, y su número aumentará sin duda en las próximas décadas. La posición francesa prevaleció finalmente.

La peculiar versión de la Historia europea solemnizada por la Constitución dista de ser una anécdota. Como bien explica Joseph Weiler, las constituciones tienen básicamente tres funciones: el reparto de competencias institucionales y organización de los poderes del Estado, la determinación de las relaciones entre el poder y los ciudadanos (catálogos de derechos y deberes fundamentales), y la definición de «los valores, ideales y símbolos que comparte una determinada sociedad»⁴. Esta tercera función se hace patente especialmente en los Preámbulos y Títulos Preliminares, que ofrecen una fotografía de la autocomprensión de la nación de que se trate: son textos que vienen a decir «en esto creemos, así entendemos nuestra identidad, a estas metas aspiramos». La omisión selectiva del cristianismo en la enumeración de fuentes culturales de las que derivan los valores europeos resulta, por tanto, altamente significativa: implica que la Europa actual reniega de la componente cristiana de su identidad, y considera que los valores de libertad, democracia, dignidad humana, etc. han surgido *a pesar del* cristianismo.

La alusión de Giscard a nuestros sistemas «totalmente laicos» –que parece implicar que la Constitución Europea se limitó a levantar acta de lo que ya es un hecho consumado en las Constituciones nacionales– es del todo infundada. Pues, como oportunamente ha recordado Joseph Weiler, lo cierto es que las Constituciones europeas distan de ser unánimes en este punto. La

³ Citado en Ph. JENKINS, *God's Continent: Christianity, Islam, and 's Religious Crisis*, Cambridge University Press, Cambridge 2007, p. 39.

⁴ J. WEILER, *Una Europa cristiana*, cit., p. 53.

constitución (consuetudinaria) británica es tan poco laica que la jefatura del Estado resulta coincidir con la de la Iglesia. La Constitución irlandesa se abre con una invocación a «la Santísima Trinidad, de la Cual procede toda autoridad, y en la Cual deben inspirarse todos los actos de los hombres y de los Estados». La Constitución de la muy secularizada Dinamarca establece una religión oficial: «la Iglesia evangélica luterana es la Iglesia nacional danesa» (art. 4). Lo mismo hace la de Grecia («la religión predominante en Grecia es la de la Iglesia oriental ortodoxa cristiana»: art. 3.1), que no olvida señalar que «el texto de las Sagradas Escrituras es inalterable» (art. 3.3). La Constitución alemana comienza con la frase: «Consciente de su responsabilidad ante Dios y los hombres, [...] el pueblo alemán...».

O sea: la cuestión religiosa recibe tratamientos muy diferentes en los diversos países europeos. La libertad religiosa es reconocida en todos, pero ello no obsta para que muchos confieran carácter oficial a una confesión (que no suele ser el sintoísmo o el jainismo, sino alguna Iglesia cristiana). La estricta laicidad a la francesa es más bien la excepción que la regla. Por tanto, la Constitución Europea no se limitó a reproducir a nivel continental lo que ya era un hecho consumado a nivel nacional. Antes bien, la Constitución Europea optó deliberadamente por un modelo más bien minoritario de concebir la relación Estado-religión (la laicidad a la francesa) y, en esa medida, declaró anticuado y superado el modelo «confesional» seguido por muchas otras Constituciones.

Se podría alegar que el constituyente europeo tenía que hacer una elección entre dos modelos incompatibles, y que la opción recayó sobre el que parecía más a tono con los tiempos. Y, sin embargo, hubiera cabido una solución integradora. Como indica Weiler, hubiera bastado con imitar la fórmula escogida por la Constitución polaca, cuyo preámbulo incluye la inspirada frase:

«Nosotros, la Nación polaca, todos los ciudadanos de la República, tanto aquellos que creen en Dios como fuente de verdad, justicia, bien y belleza, como aquellos que no comparten esta fe pero respetan esos valores universales derivándolos de otras fuentes, iguales en derechos y obligaciones frente al bien común...»

El texto polaco hace justicia a la realidad de las sociedades europeas actuales: sociedades cosmovisionalmente plurales, en las que conviven creyentes con ateos. No establece jerarquías entre ellos, no oculta vergonzantemente a ninguno de los dos grupos; antes bien, pone de manifiesto que ambos pueden

concordar en torno a ciertos valores, aunque encuentren el fundamento de tales valores en fuentes distintas. Pero la Constitución Europea no quiso incluir una fórmula similar: prefirió declarar implícitamente que el futuro pertenece sólo a los ateos; prefirió tratar a los creyentes como ciudadanos de segunda, como el embarazoso residuo de un pasado destinado a ser superado.

La laicidad suele ser definida como «neutralidad cosmovisional del Estado»: el Estado suspende el juicio en materia metafísica, sin comprometerse con esta o aquella cosmovisión (ya que sus leyes van dirigidas a ciudadanos que profesan cosmovisiones diversas: cristianos, ateos, musulmanes...). En la práctica, la «neutralidad» en cuestión termina a menudo funcionando como una ley del embudo: cada vez que el creyente religioso aspira a ver reflejados sus valores u opiniones en las leyes, se le dice que «está imponiendo sus creencias a toda la sociedad» (nunca se le dice lo mismo al ateo cuando intenta que las leyes reflejen su visión de las cosas). El constituyente europeo ha procedido en forma similar a la hora de escoger entre el modelo constitucional «confesional» y el laicista. Su «neutralidad» consiste, no en buscar una posible equidistancia a la polaca, sino en tirar uno de ellos a la basura⁵.

2. UNA EUROPA POSTHISTÓRICA Y POSTIDENTITARIA

Las Constituciones, decíamos antes, sirven, entre otras cosas, para mostrar y consolidar la autocomprensión de una sociedad. Al desdeñar los dos mil años de pasado cristiano, la Constitución Europea renuncia al que *objetivamente* es, sin duda, el rasgo histórico-cultural paneuropeo más evidente: lo único que comparten realmente países que, por lo demás, tienen historias y presentes muy diversos. Como indica Weiler, si viajamos desde los Urales hasta Galway y desde Hammersfest hasta Tarifa, variarán enormemente los

⁵ «El sentido de la premisa agnóstica del Estado es precisamente garantizar el reconocimiento tanto de la sensibilidad religiosa [...] como de la sensibilidad laica. Excluir la sensibilidad religiosa del Preámbulo, por lo tanto, no es realmente una opción agnóstica; no tiene nada que ver con la neutralidad. Significa simplemente privilegiar, en la simbología del Estado, una visión del mundo respecto a otra, haciendo que todo esto pase por neutralidad» (J. WEILER, op. cit., p. 65). «Questa cultura oggi non è propriamente laica [...]. [Q]uesta cultura è *laicista*. Essa irride alla religione, la denigra, la considera “superata”, la tratta come una superstizione, come residuo di un’era mitologica [...]» (M. PERA, *Perché dobbiamo dirci cristiani: Il liberalismo, l’Europa, l’etica*, Mondadori, Milán 2008, p. 93). «For Europe’s elites, Christianity is at best irrelevant, at worst an obstacle to social progress and the expansion of human rights» (Ph. JENKINS, *God’s Continent*, cit., p. 39).

idiomas, las costumbres, los niveles de riqueza... lo único que no variará son las catedrales presidiendo las ciudades. Lo único omnipresente es la cruz: la encontraremos en tumbas del año 511, 1011, 1511 o 2011.

¿En qué cifra su identidad esta Europa que da la espalda a su pasado? El propio Preámbulo nos lo dice: «la igualdad de las personas, la libertad y el respeto a la razón»; «el papel central de la persona y de sus derechos inviolables»; «el respeto a la ley». Y bien, es cierto que tales valores suscitan la aprobación de prácticamente todos los europeos. El «problema» es que también suscitan la aprobación, al menos nominal, de todos los no europeos. Es decir: no hay en ellos nada de específicamente europeo; se trata de valores *universales*. Los encontraremos también en la Constitución de EEUU... y en la de Bután, y en la de Tanzania. Si ser europeo consiste en creer en «la libertad y el respeto a la razón», todo el mundo puede serlo. Marcello Pera ha llamado a esto la «paradoja de la identidad europea»⁶. La identidad europea resultaría ser puramente universal... es decir, resultaría ser una no-identidad. Pues la identidad es, por definición, algo que le distingue a uno de los demás.

La paradójica identidad europea estribaría... en carecer de identidad. Chantal Delsol ha hablado de una vertiginosa «voluntad de vacío», que es a la vez modesta y pretenciosa. Modesta en lo que tiene de autodespojamiento y autonegación: Europa, tan dispuesta siempre a respetar las identidades culturales foráneas (la moda «multiculturalista»), renuncia a una identidad cultural propia. Pero esta modestia es sólo aparente, y podría esconder una forma de soberbia: Europa se ve a sí misma como una modalidad más evolucionada de humanidad, una humanidad post-identitaria que ya no necesita raíces y puede alimentarse sólo de valores universales abstractos⁷. Tener identidad cultural está bien para todos esos atrasados africanos y asiáticos (no sólo «está bien»: es que el europeo

⁶ «[P]oiché i “principi” e i “valori indivisibili e universali” di cui parla la Carta trascendono, per definizione, qualunque collocazione storico-geografica, [...] ne consegue che la Carta europea [...] è una carta cosmopolita, cioè ha come referente l'intera umanità» (M. PERA, *Perché dobbiamo dirci cristiani*, cit., p. 77). «Elle [la Constitución Europea] revient à imposer de force à l'ensemble des Européens une autre identité que celle qui est réellement la leur. Une identité d'ailleurs sans épaisseur et sans cohérence. Car elle serait fondée seulement sur les “droits de l'homme”, la “démocratie”, etc., tout ce qu'on croit, à tort, être venu des seules “Lumières”» (P. NEMO, «Les racines chrétiennes de l'Europe et leur dénégarion», cit., p. 63).

⁷ «Cette volonté du vide [...] exprime à la fois la modestie et la prétention. [...] Prétention: celle de vouloir être sans frontière et sans définition, seule expression de l'Universel pendant que toutes les autres contrées son engluées dans leur particularité» (Ch. DELSOL, «L'affirmation de l'identité européenne», en Ch. DELSOL y J.-F. MATTÉI, *L'identité de l'Europe*, cit., p. 3).

multiculturalista espera que los no-occidentales perseveren en sus respectivas identidades culturales de origen, que tanto colorido étnico aportan a nuestras calles)⁸. Pero los europeos vivimos ya más allá de toda identidad. Todavía hay clases.

Esta opción por la identidad *thin*, por la «identidad postidentitaria», podría ser interpretada como una cierta «germanización de Europa». Abrumada por su pasado, traumatizada por los crímenes cometidos en su nombre en la primera mitad del siglo XX, Alemania lleva ya varias generaciones ensayando la «identidad postnacional» (Habermas). ¿Cómo ser alemán después de Auschwitz? Reduciendo la germanidad a la Ley Fundamental de Bonn, entendiendo Alemania como un puñado de principios universales: al alemán no le está permitido otro patriotismo que el *Verfassungspatriotismus*⁹.

Ahora bien, el síndrome postnacional alemán en realidad afecta a toda Europa (como síndrome, no ya postnacional, sino postcivilizacional). Es Europa en su conjunto, no sólo Alemania, la que salió traumatizada de la sobredosis de Historia de su dantesca primera mitad del siglo XX: dos guerras mundiales, el Lager y el Gulag, las guerras civiles española, rusa y griega, conflictos coloniales¹⁰...

⁸ «El defensor de [...] las identidades indígenas valora la pluralidad cultural y el colorido étnico en cuanto tales, con independencia de que la pertenencia a las “comunidades” en cuestión favorezca o no la realización, la felicidad o la libertad personales. Desde un relativismo cultural intransigente, el multiculturalista insiste en atribuir el mismo valor a todas las cosmovisiones y tradiciones, y exige que cada individuo quede definitivamente atrapado por su cultura de origen. En el caso de los pueblos indígenas, debe tenerse en cuenta que se trata en algunos casos de culturas muy primitivas, vinculadas a una vida de cazadores-recolectores (en el caso de las tribus del Amazonas) o de agricultura de subsistencia (en el altiplano). El multiculturalista quiere fijar a esas personas en su forma de vida tradicional (quizás experimentada como chata, dura o empobrecedora por sus propios protagonistas), a la mayor gloria de la diversidad y la autenticidad culturales» (F. J. CONTRERAS PELÁEZ, «Los derechos indígenas en las nuevas Constituciones hispanoamericanas», en espera de publicación).

⁹ Vid. J. HABERMAS, *Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, Madrid 2007. HABERMAS desarrolló el concepto de «patriotismo constitucional» en pugna con historiadores como Ernst NOLTE o Michael STÜRMER, en la que dio en llamarse *Historikerstreit* de 1986: cf. P. BALDWIN, *Hitler, the Holocaust, and the Historians Dispute*, Beacon Press, Boston 1990.

¹⁰ «El talante moral dominante en la Europa de la posguerra era el de arrepentimiento por dos desafueros históricos: el colonialismo y el nazismo. [...] [L]os europeos de la posguerra sentían una ilegitimidad moral que se acentuó con el paso de las décadas. El estado de ánimo imperante quedó resumido en *The March*, una película que la BBC 1 emitió con motivo de la One World Week en 1990. En ella, un líder carismático llamado El Mahdi conduce a un cuarto de millón de personas en una marcha de 5.000 km desde un campo de refugiados sudanés hasta Europa bajo la consigna “somos pobres porque sois ricos”. Una consigna que la película hacía poco por contradecir» (Ch. CALDWELL, *La revolución europea*, trad. de J. Manera, Debate, Madrid 2010, pp. 20-21).

Como las guerras mundiales fueron suscitadas por el choque de nacionalismos exacerbados, Europa «tira el niño con el agua del baño»: nunca más las identidades, nunca más las políticas de fuerza, nunca más la «asertividad» histórica¹¹ ... Europa sale de su apocalipsis de 1914-45 con la cabeza gacha; quiere, como dijo Raymond Aron, «aparearse de la gran Historia»¹²: se deshace de sus imperios coloniales, renuncia al músculo militar (sabiéndose protegida por el paraguas norteamericano ... al que, eso sí, el europeo se permitirá el lujo de zaherir por «maniqueísta», «cowboy», «primario»); se acurruca en un rincón del mundo, casi pidiendo perdón por existir (¿no son todas las modas filosóficas de los 50 en adelante –estructuralismo, deconstrucción, postmodernismo, multiculturalismo, etc.– formas de autodenigración civilizacional?¹³; ¿no concluyen –por una vía u otra– en afirmaciones del tipo: «la verdad objetiva no existe; cada cultura tiene derecho a su verdad ... salvo la occidental, que es explotadora, imperialista y criminógena, como demuestra nuestra historia reciente»?)¹⁴. «El mundo entero nos odia y lo merecemos sobradamente: tal es la convicción de una mayoría de europeos. [...] Nada es más occidental que este odio a Occidente: esta pasión por maldecirse, por lacerarse...» (Pascal Bruckner)¹⁵.

El inconveniente de «aparearse de la Historia»... es que la Historia no está dispuesta a detenerse, ni las demás civilizaciones (nada inclinadas al autodespre-

¹¹ «[U]ne idée généreuse et fausse traîne-t-elle dans les cerveaux européens: gommons les identités, oublions-les, et, toutes raisons de combat abolies, la paix s'établira... Oublions les religions: plus jamais la Saint-Barthélemy [matanza de protestantes a manos de los católicos en 1572]. Oublions les nations: plus jamais les tranchées de 1914 [...]. Oublions les idéologies: plus jamais Auschwitz et la Kolyma» (Ch. DELSOL, «L'affirmation de l'identité européenne», cit., pp. 1-2).

¹² «A los europeos les gustaría aparearse de la historia, de la *grande histoire*, de la historia que se escribe con letras de sangre. Otros, que se cuentan por centenares de millones, desean entrar en ella» (R. ARON, *Pensar la guerra: Clausewitz*, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, Madrid 1993, p. 284).

¹³ «De l'existentialisme au déconstructionnisme, toute la pensée moderne s'épuise dans la dénonciation mécanique de l'Occident dont elle souligne l'hypocrisie, la violence, l'abomination. [...] Le remords a cessé d'être lié à des circonstances historiques précises, il devient dogme [...]. Le devoir de pénitence [...] interdit au bloc occidental, coupable de toute l'éternité, de juger, de combattre d'autres régimes, d'autres Etats, d'autres religions. Nos crimes passés nous intiment de garder bouche close. Notre seul droit est le silence. Il offre ensuite aux repentis le confort du retrait. Réserve, neutralité, seront notre rédemption» (P. BRUCKNER, *La tyrannie de la pénitence: Essai sur le masochisme occidental*, Bernard Grasset, Paris 2006, pp. 14-15).

¹⁴ «Multiculturalism was conceived by the Western elites not to celebrate all cultures but to deny their own: it is, thus, the real suicide bomb» (M. STEYN, *America Alone: The End of the World as We Know It*, Regnery Publishing, Washington DC 2006, p. 194).

¹⁵ P. BRUCKNER, op. cit., pp. 19 y 50.

cio) a salir de ella (la frase de Aron terminaba así: «mientras Europa quiere apear-se de la gran Historia, otros, cuyo número se cuenta por centenares de millones, quieren entrar en ella»). De hecho, tras 1945 la «gran Historia» sigue adelante con la Guerra Fría. Una «guerra» que el europeo (al menos, el europeo de izquierdas) se negará siempre a asumir como tal: tenderá a pensar que la amenaza soviética es un producto de la fantasía paranoica de esos americanos pasados de testosterona; criticará el «peligroso belicismo yanqui» (movilización contra el despliegue de misiles, etc.) y votará, a menudo, a Partidos Comunistas que simpatizan con el enemigo (en Francia o Italia, en porcentajes superiores al 20% e incluso el 30% del electorado). Robert Kagan analizó certeramente esta mentalidad de «niño mimado» en su obra *Poder y debilidad*: en el fondo, los europeos saben que, si las cosas se ponen realmente feas, los americanos vendrán a salvarles (como han hecho ya varias veces)¹⁶; mientras tanto, se permiten el lujo de morder la mano que les da de comer, cultivando el pacifismo de salón e invirtiendo en gasto social las cantidades que no son invertidas en defensa (Europa ha descuidado sus presupuestos militares desde 1945... porque se sabe protegida por EEUU). Cuando se produzca la increíble victoria occidental sobre el bloque comunista en 1989 (increíble por lo fulminante, total e incruenta), prácticamente nadie en Europa la celebrará como tal: en realidad, Europa había pretendido vivir como si la Guerra Fría no fuera con ella¹⁷.

¹⁶ Tras la gesticulación antibelicista de muchos europeos se esconde, según Robert KAGAN, un alivio secreto vinculado a la convicción de que EEUU dará buena cuenta de las amenazas exteriores: «En general, los europeos suponen, aunque se resistan a admitirlo en su fuero interno, que siempre que Irak o alguna otra nación “proscrita” pueda surgir como un peligro verdadero y presente –no uno meramente potencial–, Estados Unidos hará algo al respecto» (R. KAGAN, *Poder y debilidad: Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*, trad. de M. Ramírez, Taurus, Madrid 2003, pp. 53-54). Europa se permite criticar al *sheriff*, al gendarme mundial, aunque en el fondo agradece que exista uno: «Estados Unidos actúa a la manera de un *sheriff* internacional –autoproclamado quizás, pero generalmente bienvenido de todos modos– que vela por imponer algo de paz y justicia en lo que ve como un mundo sin ley, donde es preciso disuadir o destruir a los malhechores, por lo común a punta de pistola. Europa, por no salirnos de esta vieja película del Oeste, es más bien el encargado del *saloon*. Y los malos suelen disparar al *sheriff*, no al encargado» (R. KAGAN, op. cit., p. 57).

¹⁷ «One of the most obvious refutations of Francis Fukuyama’s famous thesis *The End of History* [...] is that the victors didn’t see it as such. Americans [...] may talk about “winning” the Cold War, but the French and the Belgians and the Germans don’t. Very few British do. [...] [T]here was no sense on the Continent that our Big Idea had beaten their Big Idea. [...] [I]t’s hard to credit the citizens of France or Italy as having made any serious contribution to the defeat of Communism. Au contraire, millions of them voted for it, year in, year out» (M. STEYN, *America Alone*, cit., p. xxxvii).

El europeo postmoderno (escéptico, posthistórico, postbélico, postnacional) incurre en una forma muy peculiar de etnocentrismo. Da por supuesto que, dado que Europa está «cansada de Historia» y viene de vuelta de la identidad, de la autoafirmación, de cualquier idea «fuerte» o cualquier creencia firme... el resto del mundo tiene que estarlo también. Es cierto que el «experimento posthistórico» europeo ha sido un éxito: naciones que habían luchado entre sí durante siglos han firmado una paz definitiva. El error que subyace al «euroidealismo kantiano» consiste, como ha señalado Robert Kagan, en creer que la fórmula europea de pacificación resulta sin más exportable a escala planetaria¹⁸; Europa da por supuesto que lo que ha funcionado dentro de sus fronteras debería funcionar también a nivel mundial: imagina que la URSS (hasta 1989), la Corea de Kim Jong Il, el Irán de los ayatolás, Al Qaeda ... son desactivables con los mismos métodos que han servido para desactivar definitivamente a Alemania: diplomacia, cooperación comercial, *soft power*, desarme ... Europa olvida que su propio experimento kantiano («paz perpetua») ha funcionado: 1) porque las naciones europeas quedaron definitivamente vacunadas contra la guerra tras dos hecatombes (las guerras mundiales) provocadas y protagonizadas sobre todo por ellas; 2) porque, después de todo, entre las naciones europeas existe una notable homogeneidad cultural; 3) porque EEUU guardaba la casa por fuera: Europa ha podido saltar a la posthistoria (más allá de las guerras, de las ideas fuertes y de las identidades) ... gracias a que EEUU permanecía enfangado en la Historia, manteniendo a raya a los Breznev, Saddam Husseins y Bin Ladens de turno¹⁹.

Aldabonazos como el 11 de septiembre de 2001 o el 11 de marzo de 2004 hubieran debido hacer despertar a Europa de su sueño de «europeizar el mundo»: Mohamed Atta y sus chicos no estaban, evidentemente, «cansados de

¹⁸ «La transmisión del milagro europeo al resto del mundo se ha convertido en la nueva “misión civilizadora” europea» (R. KAGAN, *Poder y debilidad*, cit., p. 94). Cita como ilustrativas de este estado de espíritu –entre muchas posibles– afirmaciones extraídas de un discurso de Romano PRODI: «Europa tiene un papel que desempeñar en la gobernanza del mundo. [...] En Europa, el imperio de la ley ha sustituido a la crudeza de la interacción entre poderes [...]. Las políticas de poder han perdido su influencia. [...] [Y] al hacer de la integración [europea] un éxito, manifestamos al mundo que es posible crear un método para alcanzar la paz» (R. PRODI, Discurso ante el *Institut d'Études Politiques* de París, 29-05-2001 [citado por R. KAGAN, op. cit., pp. 92-93]).

¹⁹ «El nuevo orden kantiano de Europa sólo podía prosperar bajo el paraguas del poder estadounidense, ejercido según las reglas del viejo orden hobbesiano. Luego fue el propio poder de Estados Unidos lo que posibilitó que los europeos pensaran que el poder ya no tenía importancia» (R. KAGAN, *Poder y debilidad*, cit., p. 111).

la Historia», ni dispuestos a participar de la autoironía postmoderna, ni interesados por el «pensamiento débil»²⁰. Pero la reacción de muchos europeos osciló entre la «negación» freudiana («son sólo unos pocos fanáticos; no representan a nadie») y la justificación de los agresores («EEUU se lo merecía», «la causa es la pobreza», etc.). En el caso del 11-M, la reacción del electorado supuso una especie de autoinculpación colectiva: al cambiar el sentido de su voto en el último momento (las encuestas pronosticaban una clara victoria del PP), el electorado español transmitía a los yihadistas este mensaje: «tenéis razón; nos lo merecemos por haber apoyado la intervención en Iraq; no lo volveremos a hacer»²¹.

De la misma forma que, durante 45 años, muchos europeos intentaron convencerse de que la Guerra Fría no iba con ellos, los europeos actuales rechazan la idea de que pueda existir un «choque de civilizaciones» con el Islam. El autodespojamiento identitario que analizamos en este trabajo puede también estar relacionado con eso (recordemos que Giscard aludió a la presencia de musulmanes en Europa como pretexto para no mencionar el cristianismo en la Constitución). La reacción europea frente a los síntomas de «choque de civilizaciones» parece informada por el dicho popular «dos no se pelean si uno no quiere»²². Y, como recuerda Marcello Pera, si para evitar el choque de civilizaciones hay que negar la propia civilización, se niega²³. Si atenuamos nuestra identidad hasta volverla totalmente abstracta

²⁰ Mark STEYN relata una anécdota muy reveladora: tras un artículo en el que preguntaba «¿por qué están dispuestos a morir los occidentales?» recibió un e-mail de un profesor francés que explicaba que, desde luego, los europeos no estaban dispuestos a morir por nada, y que precisamente por eso se consideraban más civilizados. El problema es: ¿cómo hacer cuando hay que compartir el mundo con gente que todavía cree lo suficiente en algo para morir por ello? (vid. M. STEYN, op. cit., pp. 126-127).

²¹ «[E]ven Osama bin Laden might have been surprised to see the Spanish opt to make their general election an exercise in mass self-gelding. Within seventy-two hours of the carnage, voters sent a tough message to the terrorists: “We apologize for catching your eye”. [...] [I]t was widely reported that the atrocity had been designed to influence the election. In allowing it to do so, the Spanish knowingly made polling day a victory for appeasement and dishonored their own dead» (M. STEYN, *America Alone*, cit., pp. 36-37).

²² «[A]unque [algunos europeos] ahora admitan que Al Qaeda está en guerra con Europa, la mayoría sigue sin poder aceptar del todo que también Europa está en guerra con Al Qaeda. [...] ¡Eso no va con nosotros!, parecen clamar. ¡Nosotros no somos belicosos, somos pacifistas! ¡Amamos a todo el mundo!» (B. BAWER, *Mientras Europa duerme*, Gota a Gota, Madrid 2007, p. 266).

²³ «Gran parte della cultura europea oggi è così paralizzata dall’idea di una guerra di civiltà con l’Islam [...] che farebbe di tutto –compreso negare che l’Europa stessa sia una civiltà e abbia una religione– pur di evitare conflitti e di non apparire aggressiva oppure chiusa al “dialogo”» (M. PERA, *Perché dobbiamo...*, cit., p. 98).

y gaseosa, quizás evitaremos el conflicto: los gases no chocan. Los gases son simplemente atravesados por los sólidos.

La reacción «europeísticamente correcta» frente a cualquier comentario acerca de la difícil asimilabilidad de la inmigración musulmana consiste en calificar tales inquietudes como «racistas»²⁴. El comodín del «racismo» resulta tranquilizador de varias formas: permite despreciar a la Casandra de turno y, sobre todo, permite alejar el espectro del choque de civilizaciones. Si la conflictividad planteada por la inmigración musulmana se debe al «racismo», entonces es que el problema está en nosotros, y no en ellos: bastará con que superemos nuestros miserables prejuicios racistas. Por ejemplo, los disturbios franceses del otoño de 2005 (miles de coches quemados) recibieron todo tipo de explicaciones: expresión de un malestar social debido a la «exclusión», o al paro, o al «racismo»; testosterona juvenil; simple matonismo callejero, ajeno a cualquier connotación ideológica o cultural...; cualquier explicación servía, con tal de que no mentara la bicha del choque de civilizaciones²⁵. No importaba que los alborotadores fueran en su gran mayoría de origen magrebí y gritasen «Allah akbar!»: aunque ellos no lo supiesen, no estaban manifestando su odio a la cultura occidental; en realidad, estaban protestando (inconscientemente) por las «injustas políticas económicas del gobierno conservador»²⁶. Su problema no era Occidente, sino Chirac.

²⁴ «The refined antennae of Western liberals mean that whenever one raises the question of whether there will be any Italians living in [...] Italy a generation or three hence, they cry “Racism!”. [...] But it’s not about race; it’s about culture» (M. STEYN, *America Alone*, cit., p. xiii).

²⁵ «Había un deseo, que rozaba la desesperación, de explicar los disturbios como algo debido a algún error de conducta de la sociedad mayoritaria [la sociedad francesa]. Porque, si los disturbios no podían explicarse por la mala conducta de la sociedad mayoritaria, sólo podían explicarse como parte del orden del día de los alborotadores. [...] El que los disturbios los causaran musulmanes, sostenían [los intérpretes], no los convertía en disturbios musulmanes. Quizá los rebeldes no eran musulmanes airados, sino pobres airados que, por circunstancias, eran musulmanes» (Ch. CALDWELL, *La revolución europea*, cit., pp. 144-145).

²⁶ De ahí el llamamiento de Alain FINKIELKRAUT a tomarse en serio los gritos de los alborotadores (en lugar de intentar descubrir en ellos significados ocultos políticamente correctos): «En lugar de escuchar lo que dicen –“¡me cago en vuestra madre!, ¡me cago en el Estado!, ¡me cago en la policía!”– interpretamos sus palabras. Es decir, traducimos sus llamamientos al odio como gritos de ayuda, y su vandalismo en las escuelas como reivindicaciones de educación» (A. FINKIELKRAUT, «L’illegitimité de la haine», *Le Figaro*, 15 de noviembre de 2005 [citado en Ch. CALDWELL, op. cit., p. 146]).

3. ¿NO HABÍAMOS QUEDADO EN QUE «EUROPA NECESITA UN ALMA»?

Que la Constitución Europea optara por una autocomprensión cultural tan tenue-gaseosa resulta sorprendente por otra razón: la «voluntad de vacío» (Delsol) del constituyente europeo contrasta con las frecuentes declaraciones de eurócratas que lamentan el «déficit de legitimidad» de las instituciones comunitarias, la ausencia de una «conciencia (supra) nacional» europea, la escasa identificación emocional de los ciudadanos con la UE, etc²⁷. Los organismos de Bruselas son percibidos como fríos monstruos burocráticos, y la bandera de las doce estrellas (las doce estrellas, por cierto, son un símbolo mariano [Ap.12, 1], y fueron escogidas conscientemente como tal por los Schuman, De Gasperi, etc.) no suscita en nadie la menor emoción. Esto, al decir de los propios eurócratas, es un problema: es preciso, se nos dice, generar un patriotismo europeo; es preciso ir más allá de la «Europa de los mercaderes». Jacques Delors sintetizó así esta carencia en un discurso de 1992, pronunciado en la catedral de Estrasburgo: «Hay que darle un alma a Europa [...]. Si en los próximos diez años no conseguimos darle un alma, una espiritualidad, un significado, habremos perdido la partida europea». Y Delors daba por supuesto que el alma europea no podía ser sino *cristiana*: «La contribución del cristianismo sigue siendo esencial, precisamente por la sabiduría de la que se nutre su visión del hombre»²⁸.

Delors daba en 1992 un plazo de diez años para construir «un alma europea». Pero lo que advino en 2002 fue la Constitución autonegadora que estamos analizando. ¿Qué pudo ocurrir en esa década para que tuviera lugar un giro así? Podemos conjeturar que un factor importante pudo ser la afluencia creciente de inmigrantes y la evidencia irreversible de que la Europa del siglo XXI va a ser un continente multicultural (recordemos la alusión de Giscard a la presencia de 30 millones de musulmanes como excusa para no mencionar el cristianismo).

²⁷ Una identidad europea hecha sólo de valores universales no suscitará identificación emocional: «[D]i per sé, il patriottismo costituzionale –con quel suo richiamo alla lealtà verso principi e valori universali– è un’idea troppo “debole” o “sottile” (*thin*), cioè troppo generica, astratta, [...] affinché produca uno specifico senso di identità, di appartenenza ad un’unica, specifica, comunità europea» (M. PERA, *Perché...*, cit., p. 83).

²⁸ Citado por M. PERA, *Perché dobbiamo...*, cit., p. 70.

Esta cuestión es capital. Giscard, erigido en portavoz de muchos, daba por supuesto que, dado que vamos a tener que convivir con gentes de cultura distinta, debemos atenuar nuestra propia identidad civilizacional hasta convertirla en algo gaseoso, no susceptible de ofender a nadie ni de chocar con nada. Pero esto es un tremendo error. Los sociólogos se preguntan a menudo por qué el *melting pot* norteamericano funciona (los inmigrantes desarrollan rápidamente un sentimiento de pertenencia, de lealtad hacia los EEUU) y el europeo no (miles de magrebíes –la mayoría de ellos, ciudadanos franceses– interrumpieron con silbidos e insultos la interpretación de la Marsellesa en un partido Francia-Argelia celebrado en París: un símbolo entre miles posibles). La respuesta es fácil: los EEUU son todavía una sociedad orgullosa de sí misma, con una identidad sólida: un «nosotros» autoconfiado en el que un inmigrante puede desear fusionarse. Pero Europa está «cansada de Historia» y viene de vuelta de toda autoafirmación y toda identidad: ¿qué atracción puede ejercer una cultura tan tenue y autonegadora sobre un recién llegado?²⁹. Quien no se respeta a sí mismo no puede inspirar respeto. Como indica Marcello Pera, para poder integrar a los inmigrantes es preciso poseer una identidad a la que éstos puedan incorporarse: «Integrar no es lo mismo que hospedar o agregar. Integrar es asumir que existe algo, una identidad, a la que atribuimos tanto valor que pedimos al que llega que la respete, que la aprecie, que la comparta»³⁰. Y añade Cristopher Caldwell: «Si Europa podrá, por primera vez en su historia, acomodar con éxito a minorías no europeas, dependerá de si nativos y recién llegados la perciben como una civilización floreciente o decadente»³¹. Y Jean Sévillia: «¿Qué modelo ofrecemos a los inmigrantes? ¿Cómo puede inspirar respeto una nación que ya no se ama a sí misma, que ya no tiene niños, que se baña en el hedonismo y el culto al dinero?»³².

La escritora germano-turca Neclá Kelek declaró: «Alguien me preguntó en cierta ocasión si consideraba a Alemania mi patria. Sólo pude decir que ni siquiera los alemanes [nativos] consideran a Alemania su patria. ¿Cómo se supone que podemos integrarnos en un lugar así?»³³.

²⁹ «Se l'Europa non è un melting pot ma solo un contenitore, è perché non ha energia identitaria sufficiente a fondere il contenuto» (M. PERA, op. cit., p. 123).

³⁰ M. PERA, *Perché dobbiamo...*, cit., p. 98.

³¹ Ch. CALDWELL, *La revolución europea*, cit., p. 32.

³² J. SÉVILLIA, *Quand les catholiques étaient hors la loi*, Perrin, Paris 2005, p. 287.

³³ Citado en Ph. JENKINS, *God's Continent*, cit., p. 247.

Un proverbio árabe sostiene que «un camello que cae atrae a muchos salteadores». Y de árabes se trata, precisamente: la gran cuestión es si esas decenas de millones de norteafricanos (cuyo porcentaje tenderá a crecer, pues los europeos nativos han dimitido de la procreación) perciben a Europa como una sociedad vigorosa, con fe en sí misma, con una identidad susceptible de ser admirada e imitada, o como un camello renqueante que está dando las boqueadas. Máxime, porque esos inmigrantes tienen a su disposición una identidad civilizacional «fuerte» (la islámica), que no es autocrítica, ni dubitativa, ni «cansada». El inmigrante tiene que decidir si es europeo antes que musulmán: Europa compite con la *umma* por su lealtad³⁴. Europa tiene que decidir si significa algo más que relativismo y vacuidad postmoderna. Un dato: el 70% de los inmigrantes turcos en Alemania están convencidos de que su religión es la única verdadera; sólo un 6% de los alemanes nativos creen lo mismo de la suya. El que quiera entender, que entienda.

No es haciéndose cada vez más laica, relativista, autocrítica y postidentitaria cómo Europa conseguirá ganarse el respeto de los inmigrantes. Es exactamente al contrario³⁵.

4. EN BUSCA DE UNA IDENTIDAD «DENSE»

Muchos que aceptarían el diagnóstico de las líneas anteriores (Europa necesita una identidad que apele a rasgos específicamente europeos, y no sólo a valores universal-abstractos) tienden, sin embargo, a buscar la «europeidad densa» en una dirección que no estimo adecuada. Me refiero a aquéllos que gustan de concebir a Europa como la «anti-América», cifrando el orgullo continental en distinguirse lo más posible de EEUU: si los americanos son religiosos, los europeos somos ateos; si los americanos son militaristas, nosotros somos pacifistas; si los americanos son capitalistas, los europeos somos socialdemócratas; si los americanos son «maniqueos» (creen todavía en esos anticuados conceptos llamados

³⁴ «A sufficiently strong “cultural loyalty” will always outweigh the nominal citizenship one happens to hold, especially if it’s something as weedy and undernourished as the modern multicultural post-national identity promoted by most developed societies» (M. STEYN, op. cit., p. xvi). «If “Dutchness” or “Frenchness” seems a weak attenuated thing, then the stronger identity will prevail» (M. STEYN, op. cit., p. 32).

³⁵ «L’Europa ama l’islam per le stesse ragioni per cui l’islam odia l’Europa: il suo laicismo, relativismo, multiculturalismo [...]» (M. PERA, op. cit., p. 134).

«bien» y «mal»³⁶, los europeos somos «complejos» y pensamos que «todo tiene muchas caras»³⁷; si los americanos son puritanos, los europeos somos libertinos³⁸.

Así, Jürgen Habermas, admitiendo que Europa necesita elementos de identidad *thick* que vayan más allá de las consabidas alusiones *thin* a valores universales, los busca en referencias ideológicas típicamente izquierdistas: pacifismo, Estado social³⁹, ecologismo... Esta concepción sectaria de la europeidad (resumible en la ecuación «ser europeo es igual a ser de izquierdas») alcanzó quizás su máximo predicamento durante los meses que precedieron y siguieron a la guerra de Iraq en 2003. Cuando el presidente Rodríguez Zapatero dijo en 2004 «volvemos al corazón de Europa», entendía por «Europa» exactamente esto.

Existe una variante aun más discutible de la concepción anterior: es la que cifra la quintaesencia de la europeidad en los «nuevos derechos» derivados de la revolución cultural de los 60: aborto, permisividad sexual, matrimonio gay, etc. El sociólogo holandés Pim Fortuyn –un fogoso *cultural warrior* que creó un partido propio y llegó a cosechar resultados electorales notables, antes de ser asesinado en 2002 por un ecologista– defendió una concepción de este tipo en su obra *Contra la islamización de nuestra cultura* (1997)⁴⁰. El novelista alemán Peter Schneider declaró hace unos años: «Eu-

³⁶ Dos grandes hitos de la Americofobia europea fueron las chanzas sobre el discurso del presidente REAGAN que describió a la URSS como «imperio del mal» y el del presidente BUSH sobre los regímenes norcoreano, iraní e iraquí como «eje del mal». Naturalmente, sólo a un simplista cowboy se le ocurriría llamar «maligno» al régimen que mató a millones de personas en el Gulag y en la hambruna ucraniana, o al que ha convertido su país en una prisión, o al que gaseó a 5000 kurdos, o al que mata a homosexuales, lapida adúlteras y promueve el terrorismo.

³⁷ «The biblical references in politics, the division of the world between good and evil, these are things that [Europeans] simply don't get. In a number of areas, it seems to me that we [Europeans and Americans] are no longer part of the same civilization» (F. HEISBOURG [director de la Fundación para la Investigación Estratégica de París], citado en S. SLOAN, «Religion and Politics: All the President's Truths», *International Herald Tribune*, May 18, 2005).

³⁸ La incuestionabilidad de una libertad sexual ilimitada (al menos, entre adultos, y en Holanda ya se elevan voces a favor de la despenalización de la pederastia) parece el único y último dogma de una Europa por lo demás descreída y relativista: «A algunos legisladores les ponen nerviosos los indicios de desintegración familiar –el índice de ilegitimidad del 43% en Gran Bretaña, por ejemplo–, pero aquellos que relacionan su nerviosismo con los celos hacia la liberación sexual ([la exministra] Christine BOUTIN en Francia y [la exministra] Ann WIDECOMBE en Inglaterra, por ejemplo) suscitan más mofas que apoyos. La aprobación pública de la liberación sexual parece casi obligatoria» (Ch. CALDWELL, *La revolución...*, cit., p. 237).

³⁹ Vid. J. HABERMAS, *Time of Transitions*, Polity Press, Cambridge 2006, p. 71 y ss.

⁴⁰ P. FORTUYN, *Tegen de islamisering van onze cultuur: Nederlandse identiteit als fundament*, A. W. Bruna, 1997.

ropa se ve ahora desafiada a defender sus valores y principios, tanto en casa como en el extranjero. Las líneas de conflicto [...] muestran tres grandes temas: la igualdad y autodeterminación sexual de las mujeres y los homosexuales, la libertad de opinión en la prensa y los derechos de la laicidad frente al mundo sagrado»⁴¹. El gobierno holandés ha producido un vídeo que muestra «los valores de la sociedad holandesa» a los inmigrantes que han solicitado permiso de residencia (sus reacciones son estudiadas, y los que denotan abierto desagrado ven denegada su solicitud): el vídeo muestra, entre otras cosas, hombres besándose y mujeres exhibiéndose en *topless* en las playas. También el gobierno regional de Baden-Württemberg somete a los solicitantes de asilo a un test similar: un cuestionario en el que, junto a preguntas totalmente razonables («¿ve usted alguna justificación a los atentados del 11 de septiembre?»), figuran otras muy problemáticas («¿cómo reaccionaría usted si su hijo le dijera que es homosexual y que quiere vivir con otro hombre?»).

Estas preguntas –y, más genéricamente, esta concepción que cifra la esencia de la europeidad en la ética sexual sesentayochista– son problemáticas... porque muchos europeos nativos también «suspenderían»⁴². Los cristianos europeos reaccionarían con desagrado frente al *topless* y el besuqueo masculino, y contestarían quizás que intentarían explicar a su hijo que la homosexualidad activa es pecado, y que existen terapias que permiten superar la inclinación homosexual. Naturalmente, cualquier occidental considera una abominación la ejecución de homosexuales en Irán: el rechazo de semejante barbarie sí forma parte del patrimonio moral común a todos los europeos. Pero eso es una cosa, y otra pretender excluir de los valores europeos a cualquiera que albergue el mínimo reparo moral frente a la homosexualidad activa. Las consecuencias de esto serían abrumadoras: los cristianos se verían conceptuados como la anti-Europa (precisamente lo que sugería el Preámbulo de la Constitución)⁴³. Hay ya inquietantes síntomas de esta

⁴¹ Citado en Ph. JENKINS, *God's Continent*, cit., p. 248.

⁴² «Other questions [of the Baden-Württemberg test] would be a real obstacle [...] for political moderates who are conservative on moral and gender issues, who do not support wide-ranging ideas of gay rights, or who have serious qualms about public nudity. This would certainly be true among Muslims but also those Christians or Jews for whom acceptance of full homosexual equality would constitute an acid test» (Ph. JENKINS, *God's Continent*, cit., p. 275).

⁴³ «Los líderes políticos preguntan si los musulmanes aceptarían nuestros valores. Yo pregunto: ¿qué valores son esos? ¿El matrimonio gay? ¿La eutanasia?» (A. SIMONIS, Obispo de Utrecht [citado en Ph. JENKINS., op. cit., p. 276]).

evolución: clérigos (Ake Green, Dale McAlpine) arrestados por proclamar en público los criterios bíblicos sobre la homosexualidad activa; agencias británicas de adopción cerradas por no prestarse a tramitar la adopción de niños por parejas homosexuales; grupos españoles de comunicación (Intereconomía) multados por emitir comentarios críticos sobre el desfile del Orgullo Gay⁴⁴.

Cifrar la identidad europea en los «nuevos derechos» es disparatado: implicaría que el alma de Europa se identifica con unos criterios ético-sexuales recientísimos (no tienen más de 30 años) y rechazados por un porcentaje importante de europeos (¡por no hablar de los inmigrantes!)⁴⁵. Si ser europeo significa aplaudir entusiásticamente el matrimonio gay, entonces no lo fueron Shakespeare, ni Dante, ni Churchill, ni Marx, ni Freud... Erasmo, Tomás Moro o Kant quedarían desplazados por Bibiana Aído como europeos arquetípicos.

5. ACEPTAR LAS RAÍCES CRISTIANAS

En su famosa obra *¿Qué es una nación?*, Ernest Renan afirmó que la identidad nacional es jánica: mira simultáneamente hacia el pasado (conciencia de unas raíces comunes) y hacia el futuro (proyecto colectivo). «Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos, querer hacerlas todavía: he aquí las condiciones esenciales para ser un pueblo»⁴⁶. La Constitución Europea quiso poner los cimientos de una supernación europea, pero lo hizo mirando sólo hacia el porvenir (un proyecto continental de democracia, derechos humanos, etc.), y renegando implícitamente de su pasado (raíces cristianas). Renan habría dicho que esos eran unos cimientos muy débiles.

Creo que la razón principal por la que el constituyente europeo volvió la espalda al pasado cristiano es la suposición de que hay una ruptura lógica e histórica entre el cristianismo y los valores europeos actuales (democracia, li-

⁴⁴ Sobre el tema, vid. G. KUGLER, «No Successor for Don Camillo: On the Marginalization of Christians in Europe», en G. y M. KUGLER (eds.), *Exiting a Dead End Road: A GPS for Christians in Public Discourse*, Kairós Publications, Viena 2010, pp. 7-23; cf. M. PHILLIPS, *The World Turned Upside Down*, Encounter Books, London-New York 2010, pp. 101 y ss.

⁴⁵ «No es bueno etiquetar unas disposiciones sexuales y de género totalmente nuevas como “principios europeos fundamentales”» (Ch. CALDWELL, *La revolución...*, cit., p. 238).

⁴⁶ E. RENAN, *¿Qué es una nación?—Cartas a Strauss*, trad. de A. de Blas, Alianza, Madrid 1987, p. 82.

bertad, derechos humanos, etc.). Giscard y los demás estaban profundamente imbuidos de la versión «progresista» de la Historia, según la cual los valores democráticos surgieron *a pesar* del cristianismo, en dura competencia con él.

Pero esa visión de la Historia deja mucho que desear. Los ideales liberal-democráticos modernos proceden en realidad de los valores cristianos. Naturalmente, ésta es una afirmación «fuerte», para cuya justificación conceptual detallada carecemos aquí de espacio.

Señalemos simplemente que la noción de dignidad humana -la idea según la cual la mera pertenencia a nuestra especie confiere al individuo ciertos derechos inalienables- encuentra una fundamentación insuperable en la creencia cristiana en la filiación divina: el *homo sapiens* no es el producto fortuito de una lotería bioquímico-cósmica carente de sentido, sino la criatura predilecta de un Dios amoroso. De ahí deriva su dignidad: de lo alto. Cualquier otra explicación convierte la dignidad, al final, en una autosacralización voluntarista («tenemos dignidad porque así lo hemos decidido») y selectiva («tienen dignidad sólo aquellos que decidamos que la tienen» [por ejemplo, últimamente hemos decretado que los fetos y enfermos terminales carecen de ella]). Sólo la religión confiere a la dignidad humana un fundamento sólido (si el hombre es hijo de Dios -y no un capricho de la química del carbono- entonces es *realmente* sagrado; su dignidad es entonces *objetiva*, y no autoatribuida).

El cristianismo ha hecho posible el concepto de derechos humanos al proporcionar la idea de una dignidad inviolable del individuo. Pero también ha contribuido a ello de una segunda forma: poniendo las bases de la desacralización del poder y de la dualidad de órdenes (¡es decir, de la laicidad!: «al César, lo que es del César», etc.)⁴⁷. Israel surge en la Historia como una excepción *dualista* (separación del poder temporal y el espiritual) en un mundo de «monarquías sagradas» teocráticas, donde el rey es el dios [faraones egipcios] o habla con los dioses. En Israel -y, después, en la cristiandad- el poder es desacralizado: sólo Dios es Dios; el

⁴⁷ «Il n'y a rien de plus chrétien que la laïcité! [...] Pour le peuple biblique, l'État ne sera plus jamais une source de vérité ni un modèle moral, il sera à jamais désacralisé. [...] Même au plus fort de son influence historique, l'Église s'est abstenue d'exercer un pouvoir temporel direct. [...] [C]e sont les régimes antichrétiens fondés sur des idéologies matérialistes ou païennes qui ont resacralisé l'État et créé des idéologies d'État fanatiques» (Ph. NEMO, «Les racines chrétiennes de l'Europe ...», cit., pp. 54-55).

Estado no es divino, ni el rey es un dios; el Estado es falible (y, por tanto, su autoidad debe ser sometida a control y limitación). El Estado no salva⁴⁸.

El mismísimo Habermas ha reconocido todo esto: «Para la autocomprensión normativa de la modernidad, el cristianismo ha representado más que un mero precedente o catalizador. El universalismo igualitario –del cual derivaron las ideas de libertad y solidaridad social, conducción autónoma de la vida y emancipación, conciencia moral individual, derechos humanos y democracia– es un heredero directo de la ética judía de la justicia y de la ética cristiana del amor. Este legado ha sido objeto de una constante apropiación e interpretación crítica, sin sufrir transformaciones sustanciales. Al día de hoy, no existe ninguna alternativa a él. [...] Seguimos alimentándonos de esa fuente. Todo lo demás son chácharas postmodernas»⁴⁹.

Con estas palabras (que implican, desde luego, un giro radical respecto a su trayectoria anterior), Habermas está contestando afirmativamente a la pregunta que Ernst W. Böckenförde formulara en los años 60: «¿Se nutre el Estado liberal secularizado de presupuestos normativos que él mismo no puede garantizar?»⁵⁰. En efecto, la democracia liberal surgió de un humus cultural muy concreto: un humus en el que el cristianismo (junto al sustrato grecorromano) juega un papel central. No es casualidad que las ideas de derechos humanos, Estado de Derecho, etc. hayan surgido en Occidente y encuentren en Occidente sus realizaciones más duraderas y perfectas. Tampoco es casual que el único país del mundo que ha sido invariablemente liberal y democrático desde su nacimiento (y el que salvó la democracia frente a los totalitarismos nazi y soviético) –Estados Unidos– sea también el más cristiano de Occidente.

⁴⁸ «Esta desacralización del poder en Europa fue fruto del judeocristianismo; [...] y [ésta] es la razón por la que la democracia solamente apareció y es probable que solamente pueda florecer en Occidente. [...] Fueron los profetas hebreos [...] quienes inauguraron la división y la lucha fecunda del poder espiritual y el poder temporal. El profeta no se somete al poder del rey. No duda en acudir a palacio e interpellarlo [...]. [E]l poder temporal, en cuanto tal, no participa en la economía de la salvación. Ésta depende únicamente de la conversión interior de las personas, en la que trabajan los profetas y los santos. El Estado tiene como misión hacer que reine el orden, impedir que la sociedad se convierta en un infierno, pero no tiene en sus manos la llave del paraíso» (Ph. NEMO, *¿Qué es Occidente?*, Gota a Gota, Madrid 2007, pp. 81-82). Cf. G. MADDOX, *Religion and the Rise of Democracy*, Routledge, London-New York 1996.

⁴⁹ J. HABERMAS, «A Conversation About God and the World», en *Time of Transitions*, Polity Press, London 2006, pp. 150-151.

⁵⁰ «Die Entstehung des Staates als Vorgang der Säkularisation», en *Recht, Staat, Freiheit* [1967], Suhrkamp, Frankfurt del M. 1991, p. 112.

Claro, en la historia del cristianismo no todo es luminoso: existieron la Inquisición, las guerras de religión, la condena eclesiástica de las libertades modernas durante el siglo XIX... Pero la cultura occidental disponía de los antídotos adecuados para reaccionar contra tales extravíos; los antídotos estaban en su mismo ADN: en el racionalismo griego y el teo-humanismo cristiano⁵¹. Una y otra vez, reformadores, santos, fundadores, activistas anti-esclavitud, etc., podían volver a la fuente: al sermón de la Montaña; a «ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni amo, no hay varón ni mujer, pues todos sois uno en Cristo Jesús» (Gal. 3, 28).

El agnóstico Marcello Pera⁵² lo ha visto con claridad (y el pensamiento del último Habermas va en la misma dirección)⁵³: el liberalismo no es autosuficiente ni autofundado⁵⁴. Privado de su raíz prepolítica natural, tiende a dudar de sí mismo, a degenerar en el relativismo y el procedimentalismo⁵⁵. Es lo que ocurre en la actualidad. La democracia relativista puede autodestruirse.

«El liberal –escribe Pera– es cristiano. Lo es aunque no lo sepa»⁵⁶. Lo es porque sus valores liberal-democráticos no son más que valores cristianos secularizados (aunque él no sea consciente de esa filiación). Y, como indican Pera y Habermas, la preservación del liberalismo no será posible sin una cierta re-cristianización de Europa⁵⁷. «Recristianización» que no consiste necesaria-

⁵¹ «In alcune fasi della sua storia, il cristianesimo è stato fondamentalista [...]. Ma l'antidoto migliore contro il fondamentalismo è il cristianesimo medesimo» (M. PERA, *Perché ...*, cit., pp. 124-125). «I liberali hanno vinto una battaglia contro la Chiesa, ma hanno avuto come alleato il cristianesimo» (M. PERA, op.cit., p. 48).

⁵² Vid. M. PERA y J. RATZINGER, *Sin raíces: Europa, relativismo, cristianismo, islam*, Península, Barcelona 2006.

⁵³ Vid. J. HABERMAS y J. RATZINGER, *Dialéctica de la secularización: Sobre la razón y la religión*, Encuentro, Madrid 2006.

⁵⁴ «[I]l cristianesimo –con quella sua idea dell'uomo creato a immagine di Dio [...]– è la religione che ha introdotto il valore della dignità personale, senza il quale non c'è né libertà, né uguaglianza, né solidarietà, né giustizia. [...] Oggi che è diventato anticristiano, il liberalismo è senza fondamenti e le sue libertà sono appese nel vuoto. [...] Se non vogliamo che degeneri ulteriormente, dobbiamo restituirgli il senso dei suoi fondamenti cristiani» (M. PERA, *Perché ...*, cit., pp. 6-7).

⁵⁵ «Liberalismo e cristianesimo sono congeneri. [...] Per mantenere una società liberale [...] occorrono un *ethos* e delle virtù. Non bastano libere istituzioni, liberi giudici, una libera stampa. [...] Il difetto principale dell'attuale liberalismo è quello di essersi ritirato in una dimensione solo politica e procedurale e di dimenticare di essere una tradizione con specifici e densi contenuti etici, la quale affonda le sue radici nella storia europea, di cui la storia cristiana [...] è parte essenziale» (M. PERA, *Perché ...*, cit., pp. 44-45).

⁵⁶ M. PERA, *Perché ...*, cit., p. 45.

⁵⁷ Me ocupé del tema en F. J. CONTRERAS PELÁEZ, «Europa: agonía del sesentayochismo, ¿retorno del cristianismo?» (*Persona y Derecho*, vol. 58 [2008], pp. 300-367).

mente en una recuperación masiva de la fe religiosa (aunque, ¿quién sabe?... la religión está en alza en todo el mundo⁵⁸, e incluso en Europa hay tímidos síntomas de revitalización)⁵⁹, pero sí en una concienciación generalizada de que los europeos somos, inevitablemente, «cristianos culturales». «Cristiano cultural» es aquél que, tenga o no fe religiosa, valora la aportación insustituible del cristianismo a la identidad occidental. Es la posición del propio Pera, que se autodefine como un admirador del cristianismo que no posee el don de la fe: «Admirador del cristianismo es aquél que sabe que el cristianismo ha cambiado el mundo, que nos ha traído una revolución moral de amor, igualdad y dignidad sin precedentes, y que esa revolución despliega todavía hoy sus efectos; que sin esta revolución el mundo sería peor, la vida entre los hombres más salvaje, los derechos menos garantizados, la esperanza menos fundada. [...] Ambos [cristianos religiosos y «cristianos culturales»] tienen un don. Para los creyentes en el primer sentido, el «don de Dios» es la gracia, la gratuita y misteriosa esperanza de un encuentro, de una presencia: la Suya. Para los creyentes en el segundo sentido, el «don de Dios» es un patrimonio de virtudes, costumbres, cultura, civilización: la nuestra»⁶⁰.

Bibliografía

- ARON, R., *Pensar la guerra: Clausewitz*, Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa, Madrid 1993.
- BALDWIN, P., *Hitler, the Holocaust, and the Historians Dispute*, Beacon Press, Boston 1990.
- BAWER, B., *Mientras Europa duerme*, Gota a Gota, Madrid 2007.

⁵⁸ Me ocupé del tema en F. J. CONTRERAS PELÁEZ, *Return of Religion and Western Cultural Divide* en http://www.europeanideasnetwork.com/files/2010/seminar_9jun/M._CONTRERAS_intervention.doc. Cf. J. MICKELTHWAIT y A. WOOLDRIDGE, *God is Back: How the Global Revival of Faith is Changing the World*, Penguin Press, New York 2009.

⁵⁹ Por ejemplo: cuatro millones de jóvenes en los funerales de JUAN PABLO II, reactivación de los centros de peregrinación [Santiago, Czestochowa, Knock, Paray-le-Monial, Medjugorje, etc.], éxito del «curso Alfa» y de las «misas de Tomás», inmigración cristiana desde países del Sur [no toda la inmigración es musulmana], éxito inesperado de películas como «El gran silencio», «La última cima» o «De dioses y hombres», etc. Vid. Ph. JENKINS, *God's Continent*, cit. p. 55 y ss.

⁶⁰ PERA, M., *Perché dobbiamo ...*, cit., pp. 56-57.

BÖCKENFÖRDE, E.-W., «Die Entstehung des Staates als Vorgang der Säkularisation», en *Recht, Staat, Freiheit* [1967], Suhrkamp, Frankfurt del M. 1991.

BRUCKNER, P., *La tyrannie de la pénitence: Essai sur le masochisme occidental*, Bernard Grasset, Paris 2006.

CALDWELL, Ch., *La revolución europea*, trad. de J. Manera, Debate, Madrid 2010.

CONTRERAS PELÁEZ, F. J., *Los derechos indígenas en las nuevas Constituciones hispanoamericanas*, (en espera de publicación).

—«Europa: agonía del sesentayochismo, ¿retorno del cristianismo?» en *Persona y Derecho*, vol. 58 [2008], pp. 300-367.

CONTRERAS PELÁEZ, F. J., *Return of Religion and Western Cultural Divide* en http://www.europeanideasnetwork.com/files/2010/seminar_9juin/M._CONTRERAS_intervention.doc

FORTUYN, P., *Tegen de islamisering van onze cultuur: Nederlandse identiteit als fundament*, A.W. Bruna, 1997.

HABERMAS, J., «A Conversation About God and the World», en *Time of Transitions*, Polity Press, London 2006.

—*Identidades nacionales y postnacionales*, Tecnos, Madrid 2007.

—*Time of Transitions*, Polity Press, Cambridge 2006.

HABERMAS, J. y RATZINGER, J., *Dialéctica de la secularización: Sobre la razón y la religión*, Encuentro, Madrid 2006.

JENKINS, Ph., *God's Continent: Christianity, Islam, and Europe's Religious Crisis*, Cambridge University Press, Cambridge 2007.

KAGAN, R., *Poder y debilidad: Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*, trad. de M. Ramírez, Taurus, Madrid 2003.

KUGLER, G. y M. (eds.), *Exiting a Dead End Road: A GPS for Christians in Public Discourse*, Kairós Publications, Viena 2010.

MADDOX, G., *Religion and the Rise of Democracy*, Routledge, London-New York 1996.

MICKELTHWAIT, J. y WOOLDRIDGE, A., *God is Back: How the Global Revival of Faith is Changing the World*, Penguin Press, New York, 2009.

- NEMO, Ph., «Les racines chrétiennes de l'Europe et leur dénégarion», en DELSOL, Ch. y MATTÉI, J.-F., *L'identité de l'Europe*, Presses Universitaires de France, Paris 2010.
- , *¿Qué es Occidente?*, Gota a Gota, Madrid 2007.
- PERA, M., *Perché dobbiamo dirci cristiani: Il liberalismo, l'Europa, l'etica*, Mondadori, Milano 2008.
- PERA, M. y RATZINGER, J., *Sin raíces: Europa, relativismo, cristianismo, islam*, Península, Barcelona 2006.
- PHILLIPS, M., *The World Turned Upside Down*, Encounter Books, London-New York 2010.
- RENAN, E., *¿Qué es una nación?—Cartas a Strauss*, trad. de A. de Blas, Alianza, Madrid 1987.
- SÉVILLIA, J., *Quand les catholiques étaient hors la loi*, Perrin, Paris 2005.
- SLOAN, S., «Religion and Politics: All the President's Truths», *International Herald Tribune*, May 18, 2005.
- STEYN, M., *America Alone: The End of the World as We Know It*, 2006.
- WEILER, J., *Una Europa cristiana. Ensayo exploratorio*, Encuentro, Madrid 2003.